

Comentario

Otra mirada a la violencia

Dr. DANIEL MOLINA*

Arch.argent.pediatr 2000; 98(3): 201

La sociedad actual, fundamentalmente la urbana y en especial nuestras sociedades latinoamericanas, parecerían estar expuestas en forma muy frecuente, y en aumento, a situaciones de violencia. Ello puede notarse a distintos niveles, tanto en los ambientes laborales, como en la calle y también en el interior de las familias. La niñez, la adolescencia y, particularmente, la juventud parecen ser los grupos más vulnerables, aunque también lo son seguramente, los ancianos y las mujeres.

Los medios de comunicación dan cuenta casi permanentemente de actos violentos en la ciudad, el país, el mundo: abusos, robos, secuestros, homicidios, guerra. Daría la sensación de que nos movemos rodeados por extraños que nos generan desconfianza, tal como si en nuestra sociedad el "contrato social" se hubiera roto y lo normal fuera la alienación en el lugar que deberían ocupar la tolerancia y la solidaridad.

Esta situación de ausencia de seguridad reconoce antecedentes en nuestra historia reciente, digamos el último cuarto de siglo, cuando convivimos con algunos sucesos de extrema violencia que sacudieron las raíces más profundas de nuestra sociedad, sucesos cuyas repercusiones continuarán seguramente por décadas y que nos han enfrentado a profundas definiciones éticas.

Me refiero, principalmente, a las terribles situaciones de lo que constituyó en aquel momento un verdadero genocidio: la estrategia de "desaparición forzada de personas" ejercida por la dictadura militar a lo largo de los últimos años de la década del '70, con su secuela de fracturas en nuestro tejido social, desaparecidos, niños con identidades cambiadas y familias enteras llevadas al exilio.

Ni hablar de los últimos siglos: la historia de América, la conquista del continente con su secuela de exterminio de poblaciones aborígenes, saqueos, esclavitud, que subyacen en nuestro acer-

vo histórico.

La suma de dichos horrores ya forma parte, en cierto sentido, de nuestro patrimonio cultural. Un pensador y psicólogo uruguayo, Marcelo Viñas, lo ha llamado, el "patrimonio mortífero", por su característica de incorporación de elementos de violencia y muerte a nuestra cultura.

Pero al mismo tiempo, y como respuesta, crece el rechazo social por la violencia: queremos no ser violentos y sentimos que ella nos genera repulsión y miedo. Queremos construir algo más pacífico, pero no sabemos cómo, o con quién...

Los pediatras somos actores sociales con un alto grado de responsabilidad en la comunidad. Ella nos ha confiado el rol de proteger la salud de nuestros niños y adolescentes.

Y, en vista de ese rol, ¿qué debemos (o podemos) hacer con dicho "patrimonio"? O, dicho de otra manera, ¿cómo nos situamos los pediatras frente a la violencia?

Es evidente que no podemos ignorarla. Sería una actitud suicida; esas heridas abiertas en la sociedad deben ser atendidas... si es que queremos que algún día se cierren.

La memoria es una condición implícita en el conocimiento. No podemos basarnos en la negación ni en el olvido, sino en el recuerdo para construir nuestra conducta cotidiana, así que debemos planteamos otras alternativas.

¿Cuál debe ser entonces la estrategia? o nuevamente, ¿cómo nos paramos frente a esta situación?

Si hablamos de estrategia debemos entonces definir el campo en el que nos movemos, el escenario en el que juegan estas situaciones.

Remontándonos a la historia, encontramos que hace más de 24 siglos los griegos hicieron ya este planteo. Platón hablaba de las formas en que se relacionan las personas en la sociedad, el juego al que en "La República" llamó política.

Platón entendió por política el campo de tensión que se creaba en la articulación de lo que él llamó las pasiones del "Psi jeu" y las pasiones de la polis, o sea del Alma y la Ciudad, el encuentro entre lo subjetivo

* Director de la Región Pampeana Sur, Sociedad Argentina de Pediatría.

y lo social. Podríamos decir hoy que son las complejas relaciones que se establecen entre el sujeto y el poder. Más adelante veremos que el límite, dialéctico, cambiante, de dichas relaciones es el campo de los Derechos Humanos.

Desde ese punto de vista tenemos ya definido el terreno: la política, la relación entre sujeto y poder, el territorio de los Derechos Humanos. Con esto, en mente, volvamos al problema de qué hacer con nuestro patrimonio mortífero.

Podemos intentar desarrollar al menos tres posibilidades:

La primera alternativa –muy actual, contemporánea– pasa por lo que se podría llamar una “representación mediática del horror”... En última instancia, si hay algo que caracteriza a nuestra sociedad es la ubicua y persistente presencia de los medios de comunicación de masas en todo momento de nuestras vidas.

Tendremos así a esas buenas personas que observan alucinadas lo que pasa en el mundo por televisión o también por el periodismo escrito. Veremos así pasar las imágenes, las que se sucederán velozmente entre las noticias policiales, el último terremoto en Turquía y, sin interrupción, una receta de pollo a la Kiev. Tal vez, luego, nuevamente otra noticia policial. Sin miedo a equivocarnos podríamos llamarlos “turistas mediáticos”.

¿Qué hace el “Turista” frente a esa realidad? No es que no le interese, sino que no posee los códigos para descifrarla, no le pertenece, le es ajena. Entonces la consume, como un “thriller” de sensaciones (que es en última instancia lo que busca el turista, sensaciones).

Nuestra sociedad está llena de esos Turistas –buena gente– que a veces ¡ni siquiera ha salido de su casa!

El Turista no ignora la existencia del otro, simplemente no puede abolir la distancia que lo separa del otro. Frente al horror de la violencia el Turista dirá que “no entiende nada más”, y comentará horrorizado lo que vio en la televisión, o lo que escuchó, pero... le pasó, o le está pasando a otro, no a él.

Una segunda alternativa de los destinos del patrimonio mortífero puede ser enfrentarlo a los pares de oposición que Aristóteles definió en su “Política” (y nuevamente recurrimos a los griegos). Es decir, las categorías del Idiota y del Ciudadano.

Siguiendo a Aristóteles; el Idiota es aquel individuo que no se involucra en los asuntos de la “Polis”, el campo de lo social, diríamos nosotros. Es aquél a quien los asuntos de sus conciudadanos no lo afectan, es indiferente (es probable que

bajo esta óptica el mundo esté lleno de Idiotas de todos los colores, sexos, tamaños e ideologías).

El Idiota no ve al “otro”. Para él, el otro es una cosa, ajena y que puede, por lo tanto, usar o destruir, sin inmutarse. El “otro” en la visión del Idiota es un obstáculo que se interpone entre él y su objetivo.

Obvio es señalar el gran peligro que conlleva la condición del Idiota, dado que ataca el centro mismo de lo humano: al no compartir las reglas sociales, el lenguaje, la cultura, tampoco compartirá la instancia superior de dicha relación, que es la Justicia.

Debemos hacer aquí una disgresión: para poder vivir en sociedad debemos ceder en nuestros deseos (o pulsiones, al decir de la psicología), a cambio de ser protegidos y amparados por dicha sociedad.

Eso que Rousseau llamó el “pacto social” y en un plano individual llamaríamos el “pacto narcisista”, eso que nos iguala ante la ley en nuestros derechos, que no es otra cosa que la Justicia...

Pero el Idiota no reconoce la Justicia, al no reconocer al otro, y lo que surge entonces de su posición es una situación de violencia. Esa violencia será dirigida hacia el otro, fundamentalmente por dos motivos:

- El primer lugar, al no reconocer al otro, hace surgir en ese desconocido sus propias pulsiones, que al no ser contenidas por una Justicia, también inexistente, generan agresiones descontroladas, dirigidas hacia el primer ser que se cruce por delante.

La crónica cotidiana nos muestra así (habitualmente por boca de los Turistas) esas escenas de violencia que comienzan, no por casualidad, en los ámbitos de la miseria, donde aparecen amontonadas las personas excluidas del sistema social, del pacto narcisista. O sea, donde se encuentran esos seres a los que se les suele pedir de todo sin que el sistema social les dé nada.

- La otra forma de violencia que produce el Idiota surge de su propia autoexclusión social y de su escala de valores que es construida desde su óptica, según la utilidad de los objetos –la tan actual ideología del mercado. Es así que le resulta más “útil” el equipo de audio de su automóvil 0 km que la vida de los dos chicos que quisieron robárselo (y no duda en matarlos, buscando inclusive la aprobación social).

En el otro extremo de ese arco encontramos a

las víctimas del Idiota, tanto del pasivo –al que no le importa nada–, como del activo –el que destruye: porque ambos victimizan por igual a las personas.

Encontramos nuevamente el ejemplo más claro y cruel de la victimización en la “desaparición forzada de personas”, una estrategia de terrorismo de Estado que lleva la situación social del desaparecido a un grado superlativo de la locura: no está vivo, no está muerto, no existe. Recordemos nuestro pasado reciente y lo mismo sucede actualmente en muchas partes del mundo. Es necesario pensar en los términos del Idiota para poder aceptar tal razonamiento.

Y luego de tanto hablar del Idiota, subamos nuestra mirada a la otra categoría social en esa mirada aristotélica: la del Ciudadano, definido hace más de dos mil años ya como aquella persona que –comprometida en la sociedad– ejercita con plenitud sus derechos y obligaciones.*

El Ciudadano centra así su perspectiva social, su lectura del mundo, justamente en la relación con el otro.

La sociedad de Ciudadanos se construye en el lenguaje, en la cultura, en la resolución del conflicto inherente a su ser, propio de la satisfacción de las necesidades del uno y del otro. El lenguaje adoptado para dirimir los conflictos es el de la Justicia.

Pero no nos equivoquemos, el Ciudadano no es un “santo”, categoría mística más que social. El Ciudadano reconoce en el otro las diferencias y las respeta en su disenso. Es más, se enriquece con la diversidad de opiniones y puntos de vista.

El Ciudadano confronta sus ideas con las del otro en el foro de su ágora imaginaria, pero reconoce que existen límites impuestos por la ética, límites que él no puede pasar. Esos límites son los Derechos Humanos, inherentes a la persona por el solo hecho de serla como tal. Sin ellos no es posible la convivencia...

A modo de resumen

Somos humanos en tanto somos sociales, y atrapados en las redes del lenguaje.

Nuestro sistema social, como todo sistema, es

inestable y tiende al conflicto y a la búsqueda del equilibrio. Dicho conflicto y dicha inestabilidad se acentúan a medida que más individuos son marginados y excluidos del mismo, lo cual genera como lógica respuesta un mayor grado de violencia debido a la ruptura del pacto social.

La sociedad busca, de alguna manera, lograr el restablecimiento del orden social en base a la justicia y a parámetros de convivencia que, en el marco de la política (entendida como la relación individuo-poder) están representados por los Derechos Humanos, elementos de un conjunto más amplio que es la Ética.

Los individuos, en este estado de cosas, vamos a alternar entre tres categorías ontológicas a las que llamamos de los Turistas, los Idiotas y los Ciudadanos. Estas categorías se hacen evidentes en cada acto social, de tal forma que en la realidad todos somos, en algún momento, Turistas, Idiotas o Ciudadanos sucesiva o simultáneamente inclusive, lo cual constituye una elección ética del individuo.

Está reservado, empero, tan sólo a los Ciudadanos la capacidad de construir el tejido social con el diálogo, el respeto por el disenso, el evitar la violencia y construir la mirada del otro, “verse en el otro”; en suma, en el compromiso con los Derechos Humanos.

En nuestro diario accionar en el hospital, en el consultorio, frente a un niño o a una familia; ¡cuántas veces actuamos como Turistas y cuántas veces como Idiotas! Y a veces, aunque tal vez no sean muchas, nos vemos en los ojos de un niño y lo entendemos.

En ese verse en el otro, en ponerse en su lugar está la tarea de construcción del Ciudadano, una tarea que nunca finaliza. Tal vez sea la única forma que tendremos para vivir en un mundo violento.

Es nuestra elección.

* En el ágora, los ciudadanos sólo eran hombres, hoy no sólo no hay distinción de género sino que construimos a los ciudadanos desde la infancia (los niños son sujetos de derecho).

BIBLIOGRAFIA

- Thierry Implijcián. La construcción del otro. Seminario Taller de A I y II DH, Buenos Aires, octubre 1997.